

jante resultado; (es por lo menos, lo que nos parece decir en un pasaje en donde muestra al discípulo « derribado por el genio del maestro »).

En cuanto á nosotros, creemos que no es Fene-lón el culpable, sino esta pobre naturaleza humana á la que no escapaban los nietos de Luis XIV.

Como observación final y esencial, que se relaciona con todo este capítulo, y también como comentario de esas palabras que acabamos de citar de la marquesa de Sevigné: « Hablar razonablemente y sin cólera »; agregaremos que el maestro que, en cualquiera reprensión se deje arrebatado por la ira, la vivacidad ó sencillamente la impaciencia, no tendrá ya esa plena posesión de sí mismo, que le hace conservar la dignidad y la mesura. Por consecuencia dará mal ejemplo al no respetarse á sí mismo; y exponiéndose á no respetar á su discípulo, pondrá á éste en el caso de triunfar tontamente de una debilidad y de un extravío del maestro que debe conducirle; en una palabra, habrá falseado totalmente el camino y tendrá derecho para afligirse de los yerros de su discípulo, pero no para irritarse.

IV

**La grande influencia de los condiscípulos,
y ciertas causas secundarias**

Entre las influencias que hay que dirigir, y aun que temer, no hay que olvidar á los niños de la misma edad, es decir á los condiscípulos. Todos sabemos que, en este mundo en miniatura, hay jefes de partido algunas veces muy obedecidos y quizá temidos servilmente. Que deban esta influencia al vigor de sus puños, á su audacia ó al ímpetu de su verbosidad, no por eso es menos real, y muchas veces un niño enfermizo y tímido la sufre de una manera desastrosa. En primer lugar puede sufrir mucho con ella, pero puede también guardar una tendencia casi invencible á modelarse á todas las voluntades extrañas. Importa pues fortalecer á esas naturalezas que parecen atraer el mando hacia ellas, y reprimir con mano firme á las que parecen predestinadas á ejercerlo.

Fácilmente se discierne quiénes son los que reúnen grupos en su derredor, quiénes los que intervienen en las discusiones, quiénes dirigen los juegos y forman la opinión. Cuando son naturalezas rectas y buenas, no hay que combatir su acción; pero sí es preciso arreglarla, pues fácilmente el espíritu de dominación y el orgullo se apo-

deran de ellos y las falsean ó las pervierten. Es necesario hacerlo con mucha delicadeza y tacto, para no herirlos y alejarlos; esto naturalmente, cuando se trata de una superioridad real; pero es preciso ocuparse también de las otras superioridades, y poner mayor atención, porque los inconvenientes de la influencia aumentan cuando, siendo real, descansa en bases menos serias. Citaremos como ejemplo, únicamente la influencia que da la fuerza física; en los niños esta es una autoridad muy considerable. ¿Quién no ha visto pintarse el asombro en los ojos de los pequeñuelos, cuando ven pasar algún *grande*, citado por el vigor de sus puños? ¿Con qué admiración ardiente se cuentan en sus conversaciones, sus legendarias proezas en la carrera ó en el juego de pelota! Así pues, esta influencia es soberanamente ridícula, si no está templada por el sentido común, y profundamente odiosa, si no se encuentra al servicio de un buen corazón. Prevenid al dichoso mortal á quien la naturaleza haya dotado desde temprano con sólidos músculos, que esa superioridad pasajera no disimula inferioridad ninguna, y no reemplaza ninguna virtud, ni ningún mérito; que en la vida, son raras las ocasiones en que esa ventaja tiene precio, y en último resultado, que sería una gran cobardía abusar de ella. Haced saber á esos jóvenes que la vida está llena de vicisitudes singulares, y que se asombrarían mucho si viesan de

antemano los extraños cambios que les están reservados.

Así se contribuye á restablecer un poco el equilibrio; pero es preciso también velar para que no se dejen aniquilar aquellos que están bajo la férula de los jefes de partido. Que el profesor les enseñe á conservar cortesmente, pero con firmeza, su independencia, en esas innumerables ocasiones en que los niños forman rebaño con tanta facilidad. Á él le toca suplir lo que falta á los débiles; hay muchos medios; se da á uno un consejo, se demuestra al otro cierta confianza que pueda atraerle la consideración, se elogian las cualidades de un tercero que es modesto hasta la timidez, se anima á aquel cuyos triunfos no parecen responder á sus esfuerzos ó á su mérito.

En fin, todos y cada uno deben quedar persuadidos de que el respeto mutuo que impone á unos la condescendencia, da por eso mismo á los otros el derecho de tener una voluntad propia.

Hay una clase de niños, en la que deseamos más que en ninguna otra, ver que se conserve intacto ese sentimiento de dignidad, que es preciso inculcar á todos; hablamos de aquellos á quienes su posición social, su estado de fortuna y su porvenir probable, exponen á no ser suficientemente respetados. Todas las declaraciones de los políticos no servirán; ay! de nada; habrá siempre como en

la época de La Bruyère, un instinto de timidez en el niño pobre, y desgraciadamente el instinto contrario se manifestará siempre ó casi siempre en el niño rico. ¡ Que los maestros tengan mucho cuidado ! Sin duda alguna, deben evitar á toda costa, que ese sentimiento se cambie, en el pobre, en un sentimiento de rebeldía ; pero deben velar también, para que de ello no resulte la baja de la criatura humana ; y para esto no debe descuidarse ningún procedimiento ingenioso y delicado. El mismo respeto, quizá hasta un respeto más afectuoso, se debe al desheredado de la fortuna, á quien sus humildes vestidos señalan quizá como alguien á quien distinguirá más tarde su mérito real. El respeto del maestro atraerá el de los discípulos, ese niño sentirá que también él está llamado á desempeñar dignamente su lugar en la sociedad, y se levantará quizá de manera tal, que pueda honrar sólo con su estimación á los que han salido de cuna más alta que la suya.

Además, nos parece que la desigualdad de condiciones en las filas de una casa de educación, que algunas veces tiene el inconveniente grave de producir *desclasados*, puede tener serias ventajas en la mayor parte de los casos, y gracias á los cuidados y á la inteligencia de los maestros. Cuando por ambas partes se ha dirigido bien y se ha enseñado á respetar, resultan, con la fusión de las diferentes clases sociales, relaciones útiles para todos, y

una formación importante del criterio, por medio de sanas apreciaciones, respecto á la manera de comprender el sentimiento del honor. Pronto, muy pronto, llegará para el niño la hora en que se encuentre ante desigualdades más profundas, frente á necesidades muy serias, ante las que se verá obligado á tenerse en pie. Quizá tenga que hacer respetable, sólo con su actitud, una inferioridad inevitable ó una pobreza honrosa ; y deberá quizá para no rebajarse, renunciar á la fortuna ó sacrificar intereses que le son queridos ; en otras circunstancias, quizá tenga que proteger sin lastimar y socorrer sin humillar. ¡ Cuán indispensable es pues, formarle desde temprano, para que respete la dignidad de otro, como para que respete en sí mismo esa independencia que Dios ha puesto en él, y que no tiene más límites que los del deber, y que solo el deber debe doblegar !

El niño, convenimos en ello, no comprenderá eso fácilmente ; pero hay muchos medios de inculcárselo poco á poco. Explicadle, si queréis, que un prisionero en la cárcel, un mártir en el cadalso, un indigente en su miseria, es más digno y más grande que un rey poderoso sostenido por la corrupción, que un alto magistrado cuyo voto es venal y que un millonario, que debe su fortuna á medios vergonzosos, y veréis como el niño lo comprende.

Para entrar más de lleno en este orden de ideas, será ventajoso vigilarle para que no se acostumbre

desde muy temprano á ser servido. Muchos de los cuidados concernientes á su persona, deben dejarse á su cargo; pues acabaría por creer que la dignidad consiste en hacerse servir, y en consecuencia no haría nada. Según los filósofos, Dios es *acto puro* y el ejemplo basta para honrar la actividad y el trabajo. ¿Quién no sabe también, hasta qué punto se envilece el que se abandona á la ociosidad, y que se expone así á depender de tantas personas y de tantas cosas, en vez de depender de sí mismo?

Quando le sea indispensable recurrir á los servicios de un criado, inspiradle esa delicadeza, que hace sea menos pesado el fardo de la servidumbre y que hace olvidar al servidor, la inferioridad de su condición. Decidle, en caso necesario, que sólo tiene derecho á ser respetado el que respeta á los demás, y que no hay mayor afrenta que la que se recibe de un inferior.

Á propósito de las influencias que puedan sufrir los niños y de su independencia, no debemos dejar de señalar una pequeña debilidad que con frecuencia se permiten los escolares. Se trata de la caritativa ayuda que prestan en exámenes y concursos, los aplicados á los perezosos y á los *menos fuertes*. Cosa fácil de explicar, si no justificable. ¿Quién de nosotros no recuerda haber experimentado, en su niñez, cierta inquietud en los momentos en que

era llamado al *recibidor* á propósito de un cuadro de honor? ¿Quién sobre todo no se ha preguntado con angustia, el día de la distribución de premios, si no se hallaría fuera del número de los premiados? ¡Ay! los elegidos no son muy numerosos. Pero los padres difícilmente se imaginan no habernos dado con la vida, toda la inteligencia necesaria, para obtener premios y diplomas. Y además, los maestros, con sabios conocimientos del corazón humano, encontrábanse allí, para consolarlos cruelmente á expensas nuestras, asegurándoles que no era por falta de méritos.

Y de esa manera, el gozo de volver al seno de la familia, no iba sin alguna mezcla; el padre se esforzaba tal vez, en los primeros días de vacaciones, por aparecer más frío de lo que hubiese querido, y era preciso esperar algo mejor para el año venidero.

Pocos escolares habrá, que no hayan pasado poco ó mucho, por este género de tribulaciones; resulta que en la época de los concursos, se hace uno ayudar por un compañero: el latrocinio ó el fraude, es una práctica bastante conocida.

Ciertamente, no es eso un motivo para indignarse trágicamente; porque hay en el fondo de todo ello, un cambio de buenos oficios en favor de... quien presta; pero elevarse así, en alas de otro, vivir del trabajo del vecino, como un parásito; reconocerse incapaz de hacer algo mejor, y

querer sin embargo acapararse una reputación; usurpar un rango al que no se tiene derecho ninguno, á expensas de otro más cándido, que tampoco quisiera cerrar la lista; descontentar á su familia; exponerse á recibir un premio del cual no es uno digno, y que os haría ruborizar secretamente; esta no es una conducta digna. Es preciso hacerla ver á los niños, para que se cuiden de poner en práctica un ardid poco honroso.

Otro peligro muy grande para la dignidad, es la envidia. Desde las caricias maternas hasta los triunfos escolares y los favores de la fortuna en la edad madura, muchas cosas pueden alimentar esa pasión tan baja. Pasión muy baja en efecto, la que hace que se encuentre el honor en la humillación de otro y la alegría en su infortunio. Si algo es capaz de hacernos caer de nuestra dignidad de hombre, es la envidia, porque, como lo dijimos en las primeras líneas de este estudio, hay una solidaridad universal en el honor humano, y el que rechaza tal solidaridad, se excluye por sólo ese hecho de la familia humana. No hay procedimiento vil, ni ardid desleal que no inspire la envidia, y las consecuencias son tan humillantes como el principio.

Esta es, sin discusión, una llaga repugnante para su curación; pero una cosa debe alentar al maestro á prodigar todos sus cuidados, y es que si la

envidia puede ser funesta para los que ataca, es también dolorosa para el que la concibe; y nada sería tan capaz de inspirar compasión como un niño taciturno, á quien afecta dolorosamente la alegría de sus condiscípulos y que, en la edad en que todo sonríe, no tuviese más satisfacción que el sufrimiento de los demás. Debemos declarar, y con gusto, que dicho caso no es lo general; y si en la edad temprana la envidia puede llegar hasta producir desórdenes físicos, el afecto de padres inteligentes puede remediarlo y sólo inquietará como síntoma para el porvenir. En la adolescencia, la envidia universal no existe; pero con frecuencia toma por objeto á tal ó cual condiscípulo más inteligente, más laborioso ó amable, de quien el envidioso hace el punto de mira de sus malos sentimientos y sus hostilidades secretas. Puede suceder que esto acontezca de una manera casi inconsciente; pero el mal no por eso deja de ser menos real, y en ese caso sobre todo es cuando el maestro tiene que cumplir un serio deber para con el niño.

Por lo demás, éste no es enteramente responsable de todo lo que una mala naturaleza pueda hacer germinar en él, es preciso ayudarle con toda la indulgencia y toda la compasión posible. Sólo á la larga, el espíritu se falsea por completo y la voluntad se pervierte de una manera irreparable, y parece muy difícil que no tenga acceso en el corazón del niño, por cerrado que éste se encuentre á

primera vista; con mayor razón pues, hay que desviarle de las falsas ideas que le son tan funestas. Para alcanzar este doble objeto, es necesario no dejar aparentar en realidad ninguna preferencia para los demás, porque el sentimiento de la justicia, herido en él, justificaría á sus ojos todos los excesos de su deplorable inclinación. Hay lugar también, para darle nociones exactas respecto al verdadero mérito, que consiste más en los esfuerzos de cada uno para ser mejor, que en las cualidades exteriores y brillantes. Y como se necesita recurrir al medio radical, debe uno esforzarse por hacer que nazcan en él sentimientos afectuosos para el maestro, que deberá demostrarle todo el interés posible, ya sea para aquellos que excitan su envidia y de quienes se harán valederas las cualidades morales. Nos parece evidente, sin embargo, que pensamientos cristianos y motivos de fé serán suficientes para transformar esa alma. Cualquier otro medio de acción lleva el riesgo de ser ineficaz.

Debemos todavía citar algunos detalles que tienen importancia; pero sólo los indicaremos. Vigílese que los niños no habiten en departamentos bajos, malsanos ó desordenados; que sus vestidos, manos y rostro estén siempre limpios; tendrán así más respeto para consigo mismos, en esas condiciones, por la sencilla razón que involuntaria-

mente y por instinto, ponemos todas las cosas en relación con nuestra persona y todo lo que depende de nosotros. Sin detenernos en los detalles del vestido, diremos que no deben ser disparatados; y que casi sin pensarlo, ponemos mayor cuidado en nuestro lenguaje, cuando el medio parece exigirlo, y es más fácil pensar grandes cosas en presencia de un espectáculo grandioso. De la misma manera, tenemos con más facilidad sentimientos dignos y nobles, cuando nada en nuestro exterior nos pone en un estado real y humillante de inferioridad.

Según el principio enunciado desde las primeras páginas de este estudio, todo lo que eleva la inteligencia, debe contribuir á levantar el carácter; los estudios deben ser, pues, un gran recurso. La literatura que enriquece la imaginación, depura el gusto y embellece la razón; las ciencias naturales que á cada instante nos colocan en presencia de admirables espectáculos creados para nosotros; las matemáticas, que con su precisión pueden desarrollar la precisión y sagacidad del espíritu, y sobre todo la filosofía, que puede ser la única que dé al espíritu su verdadera medida; todo debe concurrir al objeto indicado. Pero debemos hacer mención especial de los estudios históricos, aunque sólo sea por los nobles ejemplos que con frecuencia nos proporciona la historia de las naciones. Sin hablar de los grandes hombres en particular,

y limitándonos solamente á los pueblos, observaremos que todos sin excepción tienen un sentimiento que honra : el patriotismo. Es, por decirlo así, la dignidad humana multiplicada, puesto que es la dignidad de cada uno, resultante y contribuyente á la dignidad de todos. ¿ Quién no admira esa maravillosa atención de la Providencia en provocar, por todos los medios, el progreso de la humanidad ?

El hombre, cualesquiera que sean sus esfuerzos y sus triunfos personales, no deberá caminar nunca aislado á su perfeccionamiento moral ; deberá hacer de su honor, el honor de todos los que pisan el mismo suelo, y no gozar de él, sino cuando haya gozado la madre patria. ; Ah ! sin duda alguna, pueden resultar de esto faltas y aun crímenes tan grandes como el móvil que lo inspira ; pero es, porque nada es tan malo como el abuso, aun de las mejores cosas ; y es seguro que cuando respetamos en nosotros mismos, no sólo nuestra calidad de hombres, sino también, por ejemplo, nuestra calidad de franceses, damos un paso hacia adelante, elevamos nuestro carácter, hemos adquirido una nueva nobleza y una garantía más contra la bajeza.

Sin embargo, y debemos decirlo, los modelos que están cerca de nosotros nos estimulan con mayor eficacia que los modelos tomados á la historia. Que los maestros se muestren siempre dignos,

primero, por su gravedad externa, y en seguida, cuidando no tener familiaridades peligrosas, ni debilidades egoistas, ni concesiones inoportunas. Que sean dignos desaprobando siempre la adulación, autorizando la rectitud y llevando hasta el escrúpulo la cortesía con sus alumnos ; en consecuencia, lo repetimos, no dejándose nunca arrebatar por la cólera. En todas las cosas, deben considerarse como modelos á quienes los alumnos copian, y este es un honor terrible que impone serios deberes, permitiendo esperar útiles resultados. Si es verdad que el expectador, frente á una incomparable estatua antigua, se siente involuntariamente llevado á tomar una actitud más noble y menos indigna del dios que tiene frente á él, creemos también, que esos modelos vivos inspirarán sentimientos dignos y nobles á quienes los contemplan.
